Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original: *Escenarios posibles para las lenguas y culturas indígenas en el siglo XXI, ante la aparición de la nueva carta magna en 1999*

Author(s)/ autor(es):

Arelis Barbella I

Published originally as/ Publicado originalmente en: *Estudios Latinoamericanos*, 26, pp. 91-103.

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios2006.v26.art5>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

Escenarios posibles para las lenguas y culturas indígenas en el siglo XXI, ante la aparición de la nueva carta magna en 1999

Arelis Barbella I

La descalificación y la persecución abierta contra los idiomas indígenas de América comienza en la Conquista europea, en nuestro caso española, ello se trasluce incluso en las obras de autores que reconocen o defienden algunos derechos elementales de los pueblos amerindios como fueron los misioneros e investigadores jesuitas expulsados a mediados del siglo XIII hasta por razones de esta índole. Por ejemplo ni Gumilla ni Gilij encuentran en su horizonte futuro para estas lenguas, aunque les parece buena la idea de codificarlas y describirlas para la posteridad. Para sustentar esta opinión es útil citar algunos párrafos representativos:

Oh, quiera la divina Majestad que llegue ya el deseado tiempo en que todas aquellas ciegas naciones logren el beneficio de la luz evangélica y con ella el fruto de su copiosa redención, por medio de muchos y muy fervorosos literarios ¡Llegue, Señor, la hora en que, apartando los ojos de vuestra justa indignación, de las perversas costumbres e ignorancias de aquellos gentiles, los fijéis en las preciosas llagas de vuestro Unigénito y en el amor infinito con que ofreció su sangre y su vida el holocausto para que todas las naciones y pueblos den a vuestra Majestad eterna alabanza, honra y gloria! Amén. [Gumilla 1963: 491].

Incluso, el inefable Gilij, defensor y recopilador de las lenguas amerindias, se expresa de manera contundente contra su supervivencia:

Una de las cosas más útiles para la civilización de los pueblos es la uniformidad del idioma que los une poderosamente entre sí... Mas alabo mucho que en toda la Tierra Firme se hable el español, y sólo me apena que los idiomas en desuso no se hayan conservado en los libros para común erudición de los doctos. Por lo demás, quién no ve que la diversidad de los idiomas sea en los negocios civiles, sea en los sagrados, lleva consigo la confusión? No se debe evitar su extirpación pero sí la prisa excesiva por extirparlos, pues muchos misioneros quieren echarlos fuera cuando más los necesitan para propagar nuestra sana religión [Gilij 1955: 235].

Mas aun con el avance de los siglos, el ilustrado barón de Humboldt también tiene sus reservas respecto de estas lenguas y de los pueblos que las hablan:

...los indígenas de aquellos territorios. Viven en ordas aisladas, de 40 a 50 cabezas, al mando de un jefe o patriarca, y reconocen a un caudillo común sólo cuando entran en guerra con sus vecinos. Entre estas ordas, la desconfianza mutua es tanto mayor cuanto que incluso los que viven contiguos hablan lenguas completamente distintas...

Es casi imposible formarse una idea de lo difícil que les resulta a los indios aprender el español. Lo que más me llamó la atención, y no sólo en los chaima, sino en todas las apartadas misiones, fue el enorme trabajo que representa para los indígenas coordinar los pensamientos más sencillos y expresarlos en lengua española, aun en el caso de conocer el significado de las palabras, y la construcción de la frase. Los misioneros aseguran que esto no se debe a timidez, sino a la incapacidad de manejar el mecanismo de cualquier lengua que no sea la materna.

...Las misiones se transforman en pueblos españoles, y los indígenas olvidan muy pronto que tuvieron lengua propia. Así va avanzando la cultura tierra adentro desde la costa, lentamente, frenada por humanas cualidades, pero con paso sereno y regular [citado por Triana y Antorveza 1993: 168].

Este rosario de citas del sabio Humboldt – en las que él mismo se contradice por no saber a ciencia cierta si para los indígenas resulta fácil o difícil aprender el español – tiene la virtud de reflejar el pensamiento europeo de la Ilustración.

Pero lamentablemente tales actitudes persisten hasta nuestra época como lo muestra el caso del intelectual colombiano Humberto Triana y Antorveza cuando se expresa en los términos siguientes:

...en muchos lugares de América, las medidas de gobierno habían promovido cierto grado de bilingüismo de la población india, pero si exceptuamos a nuestro país (Colombia), no pudo lograrse que la masa de los naturales aprendiera la lengua de los peninsulares. Finalmente, la Ilustración adoptó posiciones muy claras, reconocidas como de avanzada en su época [subrayado nuestro].

La cuestión de unificar a todo el Imperio español siempre fue un punto vital en la política de España. En el caso de América, requirió de un largo proceso, en el cual intervinieron muchas personas, pero fue particularmente México donde se discutieron más amplia y audazmente los pasos necesarios para la expansión del castellano en todo el continente (subrayado nuestro). [Triana y Antorveza 1993: 168-169].

Si bien este texto pareciera a simple vista un recuento histórico objetivo, de índole no valorativa, hemos resaltado ciertos términos que a pesar de todo revelan el punto de vista personal del autor citado, compartido con el grueso de la intelectualidad latinoamericana.

Para abreviar las referencias al punto de partida del problema, el propio entorno del rey borbónico reformista Carlos III, especialmente el arzobispo de México Francisco Antonio de Lorenzana, transmite al monarca su malestar por la debilidad y la excesiva tolerancia frente a los “dialectos aborígenes” que demuestran algunas autoridades eclesiásticas y civiles españolas. Según esta ideología todo retraso en la plena “civilización” del indio no hace sino empañar la labor de la Corona española que le asignó la providencia divina – según el modelo salvacionista ampliamente difundido por Darcy Ribeiro – ello afectaría su papel como gran potencia unificadora del “Nuevo Mundo” con sus pueblos tenidos como salvajes y necesitados de un guía supremo material y espiritual. En esta forma nace el decreto de Carlos III (Real Cédula del 16 de abril de 1770) que luego envió a las autoridades virreinales del Perú, Nueva España y Nuevo Reino de Granada, a los Presidentes, Audiencias, Gobernadores y demás adyacentes a la que todas las autoridades eclesiásticas quedaron obligadas a cumplir y ejecutar. Esta Real Cédula impone que se hable el castellano y decreta la extinción de los diferentes idiomas que se hablan en los mismos dominios. Fue varias veces ratificada por repetidas leyes, reales Cédulas y Órdenes.

Allí, por vez primera, se establece taxativamente la sentencia de muerte para las innumerables lenguas nativas habladas no sólo en América sino en el resto del mundo colonial español (por ejemplo Filipinas). En todo esto confluyen poderosamente dos corrientes occidentalizantes de signos distintos: **el salvacionismo cristiano español** que ve en cada manifestación glótica extraña un peligro para la pureza de la fe que lentamente se les obliga a asumir a los pueblos autóctonos, incluso con el beneplácito de un Bartolomé de Las Casas, que tampoco se declara en el fondo contra la evangelización, sólo critica los métodos acervamente para lograrla. Por otra parte está la nueva ideología del **Iluminismo francés** que exagera la significación del mundo occidental como portador exclusivo de la razón del saber y del perfeccionamiento de la especie humana a través de vehículos como el idioma francés o en su defecto, el español.

Fue una verdadera inclemencia de la historia que el Colonialismo europeo y sus escuelas en el proceso independentista americano cerrasen todas las puertas para la recuperación de los pueblos amerindios: tiranófilos y libertarios, conservadores y liberales, realistas y patriotas, religiosos y ateos, obscurantistas e iluminados, en suma, todos o casi todos decretaron por una u otra vía, y con diferentes razonamientos, la muerte irrecuperable del patrimonio sociocultural precolombino o las formaciones que se desprendían de éste como son las lenguas y culturas actuales de América. Una de las pocas excepciones que vale la pena mencionar en este contexto son algunas palabras del maestro Simón Rodríguez, quien durante su permanencia en Ecuador reconoce plenamente la importancia de la lengua quechua y la necesidad de enseñarla en forma oficial dentro del contexto educativo reformista por él propuesto. Sería tal vez injusto dejar de consignar la admiración que sentía el precursor Francisco de Miranda por el Incanato, si bien no creemos que la restauración del idioma quechua estuviera entre sus objetivos.

Nuestra Guerra de Independencia con todo su radicalismo jamás se planteó la retoma de las lenguas indígenas, sin excluir las más habladas como el náhuatl, el quechua, o el guaraní. Paradójicamente, la hispanización cobró mayor fuerza como arma para promover las respectivas identidades nacionales de la nueva república y sus presuntos planes de desarrollo. Es obvio que intelectuales anti-hispanos como Domingo Faustino Sarmiento o Rufino Blanco Fombona habrían cambiado con el mayor placer el idioma español por otra lengua europea pero nunca por una lengua indígena. Hasta la Revolución mexicana, con toda su carga ultranacionalista a veces, fue en el fondo una guerra a muerte contra lo indio a nombre del mestizaje universal vasconceliano, igualmente castellanizante.

Si el siglo XIX ha sido ideológica y fácticamente catastrófico para las lenguas indígenas, el siglo XX se ha encargado de llevar esa glotoetnofobia a sus

últimas consecuencias, salvo por el hilillo de resistencia que se abrió, quizá no tardíamente, hacia su segunda mitad. Con mayor o menor grado de intolerancia, los distintos regímenes civiles y militares, democráticos y autocráticos relativamente honestos o declaradamente corruptos prosiguieron con la invariable salmodia de unificar lingüísticamente los países procedentes del imperialismo hispano-luso. En son de autocritica sea dicho que, en nuestro mundillo intelectual (filósofos, científicos, literatos, artistas y otras élites de toda laya) se percibe más que una apatía, una antipatía a veces virulenta hacia la menor intención de acercamiento a la realidad lingüístico-cultural de unos pueblos al parecer, definitivamente superados por la historia. Refiriéndonos a ellos podríamos inclusive parafrasear el dicho popular de “el mejor indio es el indio muerto” mediante algo más extremo todavía: el mejor indio es que nunca existió. No podemos negar que uno u otro lingüista o aficionado, o algún antropólogo, arqueólogo o historiador, profesional o *amateur*, haya realizado trabajos tanto intrascendentes como con cierta frecuencia también importantes, sobre el patrimonio histórico, cultural y lingüístico de raíz aborígen, pero hasta el día de hoy, la inmensa multitud de investigadores, sin importar su calidad, todavía razonan en términos de llevar a los museos y archivos, cada vez menos visitados, los últimos vestigios de la existencia social de comunidades nativas tanto en América como en el resto del mundo. En lo que a lengua se refiere, el último despunte de esta megatendencia es la preocupación cocodrilica de los expertos en muerte u obsolescencia lingüística (originalmente *Language death*) quienes se especializaban en registrar los últimos estertores de las lenguas amenazadas unido a la paulatina muerte biológica de sus últimos hablantes, quienes por lógica elemental habrán fallecido en el transcurso de las próximas décadas.

Para algunos sociolingüistas, para colmo muchos de ellos de filiación marxista y revolucionaria, constituye un espectáculo hasta admirable y lleno de riquezas recónditas, el esfuerzo de algunos semihablantes de lenguas indígenas al expresar sus ideas mediante el empleo defectuoso de su propio idioma mezclado con incisos y soportes conceptuales tomados en préstamo del español para redondear su pensamiento, como muestra ofrecemos extractos de un trabajo sobre el náhuatl del sociolingüista Kenneth Hill (experto en *language death*):

Una meta del presente trabajo ha sido ilustrar que el náhuatl de hoy, con su aumento del español, es una lengua elocuente. Para garantizar que tenga la capacidad de expresar lo que sea, un idioma necesita una fuente lista de vocabulario nuevo. Una manera más eficaz para esto es tener un “idioma de recurso” como el griego y el latín para el español y el inglés...

El español es el idioma de recurso para el náhuatl.

Este náhuatl ya cargado de hispanismos no es en ningún sentido un náhuatl empobrecido o "restringido"... aprovechándose de los recursos... del español, es un idioma enriquecido y complicado con gran poder de expresión. Puede ser que lo mismo suceda entre los otros idiomas indígenas que se han apropiado libremente de los idiomas de prestigio.

Tal vez para personas desinformadas esto suene a coro celestial cantando el renacer transfigurado de un idioma indígena inserto en la globalización. Pero es necesario examinar las cosas más de cerca ¿cómo suena realmente este neónáhuatl rico y creativo?. El propio K. Hill da algunos ejemplos (por razones elementales de orden didáctico y solidario usaremos la ortografía de los escritores mexicanos en lenguas indígenas):

Wan inón onkana novecinowan nechchiwiliáh nón maldades, in último nín niktít lani ni kanka dedicada in Dios, makinmakili gracia y vida... Santísimo padre eterno... Okmomakilihtzínoh in loria Dios... [Hill 1998: 69]

En primer lugar, mal puede ser representativo de la lengua náhuatl un texto de fácil comprensión para hablantes hispanos, debido a la sobresaturación de préstamos que contiene. No negamos que este lenguaje significa y comunica algo, pero no en náhuatl. También es verdad que las operaciones mentales necesarias para producir ese montaje son bien complejas; pero ¿quién ha dicho que la destrucción de un idioma es tarea fácil?.

Lo único que resalta con evidencia es la incapacidad del locutor para expresar ideas coherentes dentro de un sistema que pueda llamarse náhuatl con toda propiedad.

No nos guía el prurito de intolerancia frente a neologismos y préstamos. Sabemos que las lenguas cambian y sufren la influencia de otros sistemas expresivos. Pero de allí a percibir como algo normal el ingreso masivo, desbordante y descontrolado de recursos expresivos – morfemas, palabras, frases, a veces oraciones de otro idioma, para colmo reconocido como dominante y de prestigio, si media una distancia inenarrable se advierte claramente que el idioma nativo del indígena ha sufrido un colapso, una parálisis vertiginosa, una incapacidad casi total de valerse por sí misma. Con un desplazamiento aún mayor del componente indígena, este tipo de discurso pasaría a ser simple y llanamente un español mal hablado, con uno que otro matiz náhuatl. Por fortuna, nada de eso

sucede cuando el inglés se apropia de algún término grecolatino y ni siquiera hasta ahora, cuando el español recurre a préstamos cada vez más numerosos del inglés.

Nos impulsa una idea enteramente constructiva al afirmar descarnadamente que tampoco los movimientos indígenas y sus aliados han hecho lo suficiente por revertir el proceso de extinción aparente, ni siquiera dentro de sus escasas posibilidades. Siempre hemos sido, no sólo admiradores, sino también asesores activos de los movimientos indígenas internacionales, nacionales y locales, estamos decididos a mantenernos en esta tónica de modo incondicional. No obstante, una rutina observable que la mayor parte de esta dirigencia – independientemente de la cualidad humana de muchos de sus representantes no gira en torno al mantenimiento o reivindicación de su legado lingüístico ni cultural. Prevalece, tal vez por presión externa, el tema político de la autogestión y la autodeterminación, la lucha cotidiana por la tierra, la recuperación de los derechos humanos, la profundización organizativa a partir de los grupos de vanguardia, incluso las muy significativas protestas de comunidades enteras en defensa de su habitat amenado por proyectos multinacionales de segura aplicación ecocida y etnocida. Todo esto está muy bien pero no sustituye la lucha por la lengua y la creatividad propias. Teóricamente al menos, podemos imaginarnos un escenario habitado por numerosos pueblos indios reivindicados y autogestionados, pero que en muy poco se distinguirían como entidades sociales de sus vecinos occidentalizados tanto del campo como de la ciudad. Existen numerosos ejemplos que van en aumento pero bastará con citar uno entre varios que conocemos en el oriente venezolano: la comunidad kariña de “Jesús, María y José” logró un importante triunfo legal al recuperar sus tierras colectivas y con ello su derecho a cierta autonomía comunal. Sin embargo ellos sólo poseen un recurso incompleto de su cultura junto a un olvido trigeneracional de su lengua materna; y si bien demuestran fuertes lazos de identidad étnica y cierto deseo de recuperar lo perdido, inclusive la lengua, hasta el presente no han surgido iniciativas más que esporádicas para remediar tal situación.

Sería sin embargo injusto radicalizar esta crítica por una razón muy sencilla, aún cuando abundan ejemplos de revitalización lingüística en casos realmente favorables – existencia de suficientes hablantes con capacidad de transmitir su idioma a las nuevas generaciones, abundancia de recursos materiales y respaldo sociopolítico, hasta la imprescindibilidad de recuperar una lengua semiextinta por motivos de fuerza mayor – en el caso de la etnia no están dadas estas condiciones. En otros términos, no se da la obligatoriedad con la que se impuso el hebreo en el estado de Israel con el fin de instituir el idioma oficial de un

nuevo país (para aquel momento histórico). Tampoco existe una reserva de hablantes capacitados como en el caso de los maoríes neozelandeses, quienes sí han podido detener la erosión de su lengua a través de los tan debatidos nichos lingüísticos (*languages nests*), mucho menos goza el idioma **kariña** del apoyo de un fuerte gobierno regional como el de Euskadi en España, el cual tampoco ha logrado extender el uso del **euskara** mucho más allá de un tercio de la población; para no hablar del caso del vasco francés en el que sí parece darse la pérdida paulatina del idioma.

Resulta útil, sobre todo para fines prácticos – ya que este artículo de modo alguno es de orientación teórica – (lo que queremos son resultados) referirnos muy brevemente a una experiencia reciente con una situación residual en la etnia añú del estado Zulia del occidente venezolano. Allí se da una situación límite, lamentablemente muy frecuente en casos análogos. Hay una sola persona conocida – una anciana de aproximadamente 90 años de edad – que habla con fluidez su lengua nativa añú, y tiene además la buena voluntad de transmitirla a sus nietos y bisnietos. Por otra parte ella está rodeada de la admiración de toda la comunidad de unas 13.000 personas (datos Censo 1992), en su mayoría ganadas para la idea de una sustancial revitalización lingüístico-cultural. La comunidad cuenta con profesionales aliados, y al menos con una entidad financiadora internacional. Matemáticamente cabe la posibilidad de que esta anciana enseñe su lengua a un corto número de infantes *añú* – de modo análogo a como la progenitura enseña a hablar a sus hijos – pero quién garantiza a estas alturas que la señora sobrevivirá un tiempo razonable para siquiera parcialmente, lograr este objetivo.

Es de sentido común entender que no todas las situaciones son tan dramáticas en lo concerniente a su viabilidad. Pero es igualmente cierto que aún no existen métodos y técnicas suficientemente comprobados para pronosticar desde ahora la factibilidad universal del **nicho lingüístico** o prescolar indígena, aun contando con los mejores recursos disponibles. Además la eventual recuperación parcial de una lengua todavía no acarrea automáticamente su inserción social, su posterior oficialización, su uso coloquial e institucional ni su retransmisión a las generaciones sucesivas. Afirmamos que todo ello es perfectamente posible; más aún, si no lo creyéramos así habríamos prescindido del esfuerzo intelectual redactando este trabajo. Pero si no sinceramos la realidad y no contamos con las bases factuales, difícilmente cabría producir algo diferente de un obituario disfrazado que presumiblemente dignificaría la muerte por inanición de millares de lenguas minorizadas.

Fue indispensable presentar en primer término este gran retablo antropolingüístico, antes de entrar a analizar una nueva situación de índole constitu-

cional que se presenta en Venezuela a raíz de la aprobación de importantes artículos favorecedores de los pueblos indígenas y de su patrimonio histórico, cultural y lingüístico. Comenzaremos a tratar este punto mediante la presentación de este articulado radicalmente innovador respecto de la Constitución anterior que data de 1961, y que se caracterizaba por su ideología asimilacionista e integracionista a ultranza.

CAPITULO VIII

De los Derechos de los Pueblos Indígenas

Artículo 119. – El Estado reconocerá la existencia de los pueblos y comunidades indígenas, su organización social, política y económica, sus culturas, usos y costumbres, idiomas y religiones, así como su hábitat y derechos originarios sobre las tierras que ancestral y tradicionalmente ocupan y que son necesarias para desarrollar y garantizar sus formas de vida. Corresponderá al Ejecutivo Nacional, con la participación de los pueblos indígenas, demarcar y garantizar el derecho a la propiedad colectiva de sus tierras, las cuales serán inalienables, imprescriptibles, inembargables e intransferibles de acuerdo con lo establecido en esta Constitución y la ley.

Artículo 120. – El aprovechamiento de los recursos naturales en los hábitats indígenas por parte del Estado se hará sin lesionar la integridad cultural, social y económica de los mismos e, igualmente, está sujeto a previa información y consulta a las comunidades indígenas respectivas. Los beneficios de este aprovechamiento por parte de los pueblos indígenas están sujetos a la Constitución y a la ley.

Artículo 121. – Los pueblos indígenas tienen derecho a mantener y desarrollar su identidad étnica y cultural, cosmovisión, valores, espiritualidad y sus lugares sagrados y de culto. El Estado fomentará la valoración y difusión de las manifestaciones culturales de los pueblos indígenas, los cuales tienen derecho a una educación propia y a un régimen educativo de carácter intercultural y bilingüe, atendiendo a sus particularidades socio-culturales, valores y tradiciones.

Artículo 122. – Los pueblos indígenas tienen derecho a una salud integral que considere sus prácticas y culturas. El Estado reconocerá su medicina tradicional y las terapias complementarias, con sujeción a principios bioéticos.

Artículo 123. – Los pueblos indígenas tienen derecho a mantener y promover sus propias prácticas económicas basadas en la reciprocidad, la

solidaridad y el intercambio. Las actividades productivas tradicionales, su participación en la economía nacional y a definir sus prioridades. Los pueblos indígenas tienen derecho a servicios de formación profesional y a participar en la elaboración, ejecución y gestión de programas específicos de capacitación, servicios de asistencia técnica y financiera que fortalezcan sus actividades económicas en el marco del desarrollo local sustentable. El Estado garantizará a los trabajadores y trabajadoras pertenecientes a los pueblos indígenas el goce de los derechos que confiere la legislación laboral.

Artículo 124. – Se garantiza y protege la propiedad intelectual colectiva de los conocimientos, tecnologías e innovaciones de los pueblos indígenas. Toda actividad relacionada con los recursos genéticos y los conocimientos asociados a los mismos perseguirán beneficios colectivos. Se prohíbe el registro de patentes sobre estos recursos y conocimientos ancestrales.

Artículo 125. – Los pueblos indígenas tienen derecho a la participación política. El Estado garantizará la representación indígena en la Asamblea Nacional y en los cuerpos deliberantes de las entidades federales y locales con población indígena, conforme a la ley.

Artículo 126. – Los pueblos indígenas, como culturas de raíces ancestrales, forman parte de la Nación, del Estado y del pueblo venezolano como único, soberano e indivisible. De conformidad con esta Constitución tienen el deber de salvaguardar la integridad y la soberanía nacional.

El término pueblo no podrá interpretarse en esta Constitución en el sentido que se le da en derecho internacional [119-126].

Afortunadamente el articulado constitucional que acabamos de presentar es suficientemente contundente, claro y transparente como para no requerir comentarios prolijos, ya que tampoco es nuestra intención entrar en materias muy específicas y detalladas. En término general se puede decir que este texto está entre los más avanzados que se hayan aprobado hasta la fecha en materia indígena. En primer lugar, a la Asamblea Nacional Constituyente (ANC) convocada por el actual presidente de la República, Hugo Chávez Frías, le tocó el honor de dar el voto aprobatorio a estas normas sin precedentes en la historia del país. Aun así hay que destacar el protagonismo especial del presidente H. Chávez, quien puso en juego sus esfuerzos persuasivos para lograr su aprobación final, ya que la oposición a los derechos y reivindicaciones indígenas era demasiado fuerte, incluso en las filas de las fuerzas adictas al llamado

proceso bolivariano y del propio ejército. Sería exagerado pretender que se trate de una obra perfecta, pero en modo alguno conviene en el presente presionar en el sentido de obtener su revisión, ya que la correlación de fuerzas políticas apunta hacia un posible empeoramiento de lo ya existente.

En cuanto a lo específicamente lingüístico existen en el articulado señalamientos concretos, de los cuales el estratégicamente más importante parece ser el Art. 9, que les asigna a las lenguas indígenas el rango de “patrimonio de la Nación y de la humanidad”. Además, el material relevante que atañe a la identidad, la cultura, la autogestión y tópicos similares, también implica el respeto y promoción de la lengua. Todo parece indicar que la Constitución significa, como mínimo, un punto de partida insoslayable de los pueblos indios, inclusive en lo cultural y lo lingüístico. Pero al mismo tiempo tampoco es un secreto que, en nuestros países, hasta hoy, ninguna constitución o cuerpo normativo ha sido acatado en forma plenamente satisfactoria, ni siquiera significativa. Esto podría suceder igualmente con la Constitución bolivariana, ya que se preven efectivamente señales de peligro que advierten la posibilidad de que estos logros queden congelados en la práctica real.

A fin de aclarar esta dramática incertidumbre hemos diseñado cuatro (4) posibles escenarios que expondremos seguidamente:

Frente a la nueva situación planteada cabe pensar en un número limitado de escenarios futuros: (1) La perspectiva óptima de lograr nuevas conquistas legales y hasta constitucionales, fuera del marco contemplado en el presente. Así podría pensarse en explicitar a los pueblos indígenas en las nuevas leyes de la República tales como la Ley Orgánica de Protección al Niño y al Adolescente (LOPNA), la Ley de Ordenación del Territorio, la Ley de Seguridad y Defensa (son anteriores a esta Constitución); (2) Que la nueva Constitución entre en vigencia con su secuela de leyes y reglamentos imprescindibles para concretar su contenido contando además para ello, con la apoyatura de convenios internacionales suscritos por la República, que ahora tienen rango y valor de ley nacional; (3) Que se mantenga pasivamente todo el articulado de la nueva Constitución, sin que el Estado venezolano demuestre mayor voluntad política para hacer valer las aspiraciones de los pueblos indígenas, y se obvien los tratados y convenios internacionales respectivos; (4) Que se produzca, como algunos temen, la revisión o incluso revocatoria de algunos de estos artículos con la consecuencia de revertirlos a la situación prevalente durante la existencia de la Constitución anterior.

En función de todos estos escenarios, nuestra experiencia y conocimiento del tema nos permiten señalar un conjunto de consideraciones. Es muy poco probable, aunque no por ello menos deseable, que se cumplan por lo pronto las

previsiones contempladas en el primer escenario (1). Sin embargo, siempre se suscita la posibilidad de exigir y aun lograr redacciones más favorables para los pueblos indígenas, de los nuevos instrumentos legales así como de otras leyes y reglamentos ya existentes en nuestra legislación. Es preciso destacar que la tarea de la Asamblea Nacional (AN) consiste en revisar y adaptar a la nueva Constitución todo el repertorio legal vigente en el país con inclusión de la temática indígena. Por ejemplo, recientemente la UNICEF ha tenido que intervenir para que se tome en cuenta la población infantil indígena como tal, y de acuerdo a la especificidad de cada comunidad y etnia. En materia de planificación territorial y de seguridad y defensa de la Nación, hay serias contradicciones entre éstas y la nueva Constitución, cuyo reflejo se traduce en obras de corte desarrollista como la destrucción – mediante concesiones mineras y madereras – de la Sierra de Imataca, reservorio natural de biodiversidad típica de la selva pluviosa.

Merece atención especial la normatividad educativa en su conjunto, ya que el llamado **Régimen de Educación Intercultural Bilingüe** [Decreto 283, 1979], no ha sido aplicado y ni siquiera armonizado con otras disposiciones ahora vigentes, que incluso podrían anular su aplicabilidad en el caso de una confrontación de competencias.

Como ejemplo máximo podríamos citar la disposición legal de que el único idioma utilizable en la enseñanza es el español (castellano) la cual en la práctica parece prevalecer en las innovaciones de la nueva Constitución bolivariana que podrían favorecer ampliamente a las lenguas indígenas.

Con la nueva Constitución o sin ella, ninguno de los candidatos en las elecciones presidenciales del año 2006, ni aspirantes a los demás cargos, parece priorizar o destacar de alguna manera la temática indígena. Por el contrario saltan a la vista promesas referentes a la privatización de las empresas básicas nacionales y por ende, del destino de los pueblos indígenas. Pero también la soberanía nacional se plantea en términos desarrollistas y ecocidas, aun cuando insistan en sus valores nacionalistas, vale decir, contrarios a los intereses transnacionales (una trampa que se cierra por todos lados).

Hay que temer más bien el incesante cabildo de sectores abiertamente antiindígenas que todavía insisten en mutilar o eliminar las conquistas institucionales recién aprobadas. Es de señalar, en este contexto, una campaña masiva y furibunda – de corte racista e incitante al etnogenocidio – que fue desatada por los principales medios de comunicación del país, contra todo planteamiento que de alguna forma favoreciese a las etnias indígenas venezolanas.

Lamentablemente, debido a la desinformación y a la carga persistente de endorracismo histórico en el pueblo venezolano, sin eximir ningún sector social, tales campañas han sido relativamente exitosas, hasta el punto de crear una mayor aversión hacia el indígena de la que ya existía. Los principales puntos en discusión gravitan en torno a una pretendida e infundada tendencia separatista que impulsaría a los indígenas a promover la creación de territorios desligados de la soberanía del Estado venezolano. Hasta ahora las luchas indígenas, apoyadas por sectores aliados valiosos pero inconexos y aislados, han mantenido a raya todas esas perversiones fascistoides, pero la amenaza continúa. No olvidemos que en todo este cuadro cabalgan los intereses políticos y económicos transnacionales con la complicidad del entreguismo oficial y extraoficial.

De todas maneras es necesario enfatizar que la sola aprobación del articulado constitucional bajo escrutinio significa que no todo está perdido para las minorías étnicas de Venezuela o de otros países. Pero ni siquiera en el peor de los escenarios debemos caer en el derrotismo o la apatía, siempre y cuando el movimiento indígena, tomado en su totalidad, mantenga o acreciente su dinamismo y logre consolidar sus ideales, metas y reivindicaciones de manera cada vez más transparente y concreta.

Sin embargo, sería muy doloroso si la misma sociedad política y civil del país no llegase a materializar algo que ya existe en germen dentro de la nueva Constitución, cuyo espíritu es hacerle justicia, como expresa el propio preámbulo, a los pueblos, culturas y lenguas indígenas hasta ahora oprimidos y actualmente más vulnerables por causa de una globalización galopante e indiscriminada.

BIBLIOGRAFÍA:

- GARAY Juan, 1999, *La Nueva Constitución. Comentada y con índice alfabético explicativo*. Ediciones Juan Garay. Caracas, (diciembre).
- GILIJ SJ, P. Felipe Salvador, 1955, *Ensayos de historia americana. Estado presente de la tierra firme* (traducción de Mario Germán Romero y Cario Buscantini), Editorial Sucre, Bogotá.
- GUMILLA SJ, P. José, 1963, *El Orinoco Ilustrado y Defendido*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia Colonial de Venezuela. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela. Caracas.
- HILL Kenneth, 1998, *Las penurias de doña María. Un análisis sociolingüístico de un relato del náhuatl moderno en Sociolingüística Latinoamericana*. Rainer Enrique Hamel, Yolanda Lastra de Suárez Editores, UNAM, México.
- RODRÍGUEZ Simón, 1980, *Inventamos o erramos*. [Colección dirigida por María Josefina Tejera], Monte Ávila Editores, Caracas.
- TRIANA Y ANTORVEZA Humberto, 1993, *Las lenguas indígenas en el ocaso del imperio español*. Colcultura. Instituto Colombiano de Antropología.